



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

“Los misterios de la Vida de Jesús”

**S.M.I. Catedral de La Habana
19 de marzo de 2010.**

Quinta Catequesis: “La redención por la Cruz”.

Redención: quiere decir rescate, recuperación, salvación. Sólo es aplicable este sustantivo al fruto de una acción humana. Propiamente sólo un ser humano puede redimirse por sí mismo o ser redimido por otro agente, sea personal, social, histórico, etc.

Al referirnos a la Redención obrada por Jesús, lo hacemos para calificar una acción. Lo llamamos redentor cuando expresamos su actuación a favor de los hombres, para rescatar al hombre, para salvarlo.

Ya hemos visto cómo Jesús se presenta a sus contemporáneos en Galilea con un llamado a la conversión porque “el Reino de Dios está cerca”. Su predicación tendrá como eje central, como idea fuerza, ese Reino de Dios; los milagros que realiza anuncian también la llegada de ese Reino. Jesús tiene como fin establecer el Reino de Dios que El propone a los hombres porque para esto ha sido enviado por el Padre. Ese reino debe ser aceptado en libertad. En su predicación Jesús expone su misión en parábolas que se refieren casi todas a la realidad de ese Reino “que ya está dentro de ustedes” y para esto sana, obra prodigios, lucha ante la incompreensión de sus opositores. Su vida es una vida entregada a favor de los hombres, es una proexistencia.

Cuando pide que todos acepten el Reino de Dios, cuando cura a los enfermos, cuando hace andar al paralítico o ver a los ciegos, Jesús ejerce una acción sanadora, movilizadora, de rescate del hombre de sus miserias. Obrando así, entregándose de este modo, El va desarrollando su quehacer como una actividad profética, que trae la alegría del Reino a los hombres y, a la vez redentora, de rescate, de salvación del hombre.

La redención tiene su punto culminante en la muerte de Jesús en la Cruz. La muerte de Jesús en Cruz ha sido el fin de su vida entregada al Reino de Dios y esto en dos sentidos: 1º es el final cronológico de su vida y además 2º el final teleológico de su existencia.

Teleológica significa que hay una intención en ese acontecimiento que le confiere unas características de bondad muy especiales que indican que una acción determinada tiene un sentido. En el caso de Jesús puede ser la intención salvadora del Padre. Pero cuidado, la falta de agudeza mental por una parte y ciertos modos de desprecio de los judíos por otra, nos han llevado históricamente a proyectar con facilismo la muerte de Jesús sea sobre la voluntad de Dios, sea sobre la maldad de los judíos. De hecho la muerte de Jesús no fue casual, ni fruto de una previa mala voluntad de los hombres, ni un destino ciego, ni un designio de Dios que hubiera querido esa muerte por sí misma. La muerte de Jesús es un acontecimiento histórico que hay que entender desde dentro de las situaciones, instituciones y personas en medio de las que El vivió. Esto requiere cierto esfuerzo y nada de pereza mental.

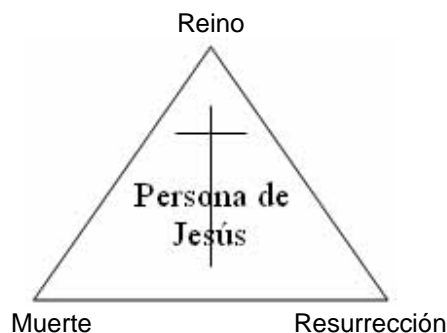
La muerte de Jesús no fue el resultado de su ingenuidad, que consideraría a Jesús como no plenamente conciente de lo que traía entre manos, que hubiera quedado envuelto y enredado por los acontecimientos, como por ejemplo que hubiera sido capturado como un miembro del movimiento zelota.

En cuanto a otros aspectos psicológicos más graves o profundos, no se puede decir que la muerte de Jesús fue el resultado de una obsesión o voluntad suicida, ni tampoco que su muerte pueda ser considerada desde el principio de su vida como inherente a su misión (refrán español: “quien se mete a redentor sale crucificado”). Jesús siempre fue un predicador de la vida, un gozoso admirador de la Creación de Dios y del hombre como imagen de Dios.

La muerte de Jesús fue el resultado de libres decisiones humanas que se fueron articulando progresivamente, que fueron permitiendo a Jesús percibirla primeramente como posible, descubrir después que sería inevitable, aceptándola como condición de su fidelidad ante las actitudes que iban tomando los hombres ante El y para finalmente integrarla en su condición de mensajero del Reino del amor y de la Paz.

Jesús quiso demostrar a su pueblo que ese Reino estaba llegando al mundo, enfrentándose con el poder del mal, con la violencia, el pecado de los hombres y la llamada de Dios, y con la muerte misma, respondiendo a ese mundo violento no con violencia, sino con el perdón, con el amor hasta la entrega de la propia vida.

La muerte de Jesús tiene que ser leída, para tener una justa comprensión de ella, partiendo del hecho que Jesús es el mensajero por excelencia del Reino de Dios y además, desde la experiencia de la resurrección, que hace de su muerte una muerte única. La resurrección es la acreditación que Dios hace de Jesús como el mensajero del Reino de los cielos. Los hombres lo desacreditaban, pero Dios lo acreditó. Reino, muerte y resurrección forman un triángulo desde dentro del cual hay que comprender la persona de Jesús y su destino.



Cada uno de esos puntos ilumina al otro y nos ayuda a descifrar el enigma de la Cruz. Los evangelistas parten de Cristo resucitado y ven en El al mensajero del Reino. Desde ambas realidades miran a la Cruz.

Lo primero que se escribió por los evangelistas para las comunidades cristianas que iban surgiendo fueron los relatos de la Pasión, muerte y resurrección de Jesús. Con ligeras variaciones los cuatro evangelios nos cuentan con un orden similar los relatos de la pasión. ¿Por qué fue así? La muerte de Cristo en Cruz, tomando las palabras del teólogo Kessel, “es el núcleo resistente e irreductible, escandalizador y fascinante del cristianismo”. Y este hecho quería conocerlo en detalles la comunidad cristiana, pues la Eucaristía consistía en que se cumpliera en la comunidad de los creyentes el mandato de Jesús de celebrar el gesto del pan y del vino en memoria de El, la conmemoración de su muerte. Los neocristianos querían saber los detalles de aquella muerte sacrificial que ellos conmemoraban y conocer también los relatos de la resurrección, porque el mensajero del Reino habría quedado como una insignificancia literaria y la muerte de Jesús como un capítulo más de los miles de ajusticiados, muchos de ellos crucificados por el poder romano, si no hubiera tenido lugar la resurrección. Por esto las primeras confesiones de fe sólo incluían la muerte y resurrección de Jesús.

Un gran exegeta católico, Schürmann, interpreta la muerte de Jesús a la luz de su acción y predicación en su vida pública. La lógica profunda de ambas pudieron llevar a Jesús a contar con esa muerte, a encontrarle un sentido, a integrarla en su misión, a realizarla como expresión de su proexistencia mantenida hasta el final, y como proposición del Reino frente al poder de la muerte. Frente al mal, la violencia y la muerte Jesús es el más fuerte.

Veamos esto en detalles:

1. Jesús pudo prever su muerte.

Desde el inicio de su misión en Galilea cuando realiza milagros en sábado y se afirma superior al sábado, “los fariseos se concertaron con los herodianos para prenderlo” (Mc 3, 6).

2. Jesús pudo prepararse para su muerte.
Jesús vivía totalmente referido al Padre. Ante el rechazo creciente y la oposición a su persona, es pensable que Jesús comenzara a contar con que el Padre le pidiera llegar hasta el extremo de pasar por la muerte para saber por sí mismo cuál es la agonía de los mortales.
3. Jesús integró su muerte en la coherencia de su mensaje.
Decir que se acercaba el Reino de Dios era afirmar la llegada victoriosa de Dios a quien ningún poder se le resiste. Es normal que Jesús pensara que para acreditar su mensaje, éste debía ser confrontado con el supremo poder negador de la esperanza humana que es la muerte. Para esto Jesús no negó la muerte, pasó por ella y llevó el Reino hasta allá. Frente al budismo o al marxismo, el cristianismo no niega la muerte, sino que el creyente, pasando por la muerte como Jesús, se confía en Dios, que es Dios de vivos y superior al poder de la muerte.
4. Jesús asumió la muerte como un medio de realizar el Reino de Dios.
Jesús tuvo tiempo durante su camino de predicador de asumir la muerte ya prevista. Esto lo hacía en sus diálogos con el Padre, en la oración y la lectura del Antiguo Testamento. Por eso se mostró disponible para que el Padre y los hombres decidieran sobre su vida, no respondiendo con la violencia a la violencia. El se había decidido por el Reino y ahora el Reino se decidía por El.
5. Jesús pudo interpretar su muerte, anticiparla y ofrecerla como gracia para todos mediante gestos y palabras en la Última Cena. En la Cena termina Jesús su proexistencia activa y continuará ahora su proexistencia pasiva.
6. Jesús realizó su muerte como forma suprema de los ideales que había presentado para los demás en la predicación del Reino:
En su muerte Jesús acreditó con valentía su fidelidad al Padre amado con toda el alma, la solidaridad con los marginados y aún con los muertos, el amor y el perdón de los enemigos que había sido su programa en el Sermón de la Montaña. Si elegimos dos textos del Evangelio en que Jesús mismo interpreta el sentido de su vida y de su muerte éstos son Mc 10, 45: “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida para el rescate de muchos”. Dios Padre nos entregó a Jesús para que nos comportáramos en nuestra vida como El.
El otro texto es Mc 14, 24: “Jesús les dijo: esta es mi sangre que es derramada por vosotros”. Es la sangre de la alianza que Dios realiza con sus discípulos. Ellos, al compartir el pan y la copa de vino, signos de la Alianza, anticipan la realidad del Reino. La Eucaristía es como la realización inicial del Reino de Dios, en ella está la vida nueva que Jesús nos ha traído.

El sentido de su muerte.

La muerte de Jesús ajusticiado como un malhechor fue a los ojos de todos como el final de sus pretensiones mesiánicas. Su mensaje se había apoyado en su persona; no había un cuerpo de doctrina escrito que se heredara de El, no había resultados prácticos que hubieran quedado: obras fundadas, movimientos organizados que pudieran subsistir sin El. Luego, todas las esperanzas puestas en El quedaron rotas. Anulada la persona, no había nada más que hacer. La eliminación del pastor trajo la dispersión de las ovejas. Será la resurrección la que invertirá el juicio histórico de los hombres.

Más tarde Pablo nos dirá que “Jesús murió por todos”. La afirmación de un autor: “Dios ha nacido hombre para morir” tiene un sentido lógico: es la consecuencia de la encarnación. Dios llega hasta donde está el hombre caído por el pecado, miserable y necesitado de esperanza, Dios llega hasta la muerte y, vencéndola en el hombre Jesús por la resurrección, nos abre a la vida verdadera.

Leemos en San Agustín:

“Despierta, por ti Dios se hizo hombre. ¡Levántate, tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará! Por ti, te repito, Dios se ha hecho hombre.

Y Blas Pascal personaliza aún más la entrega de Cristo por nosotros: “Yo pensaba en ti durante mi agonía; he derramado determinadas gotas de sangre por ti”.

Por la pasión y muerte de Jesús, Dios participa en nuestro destino mortal y pecador. Dios se nos ha dado a sí mismo. Nosotros vemos en el Crucificado la presencia de Dios y la de Jesús. Mirar al Crucificado suscita en nosotros sentimientos de amor, de arrepentimiento, de acción de gracias a

Dios que nos salva por el Hijo Crucificado. Concluamos con el soneto más clásico de la Literatura castellana:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido
ni tampoco el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz escarnecido
muéveme ver tu cuerpo tan herido
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muévesme Tú, Señor, en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera
pues aunque lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.

Bibliografía:

- Jesús de Nazaret (PP. Benedicto XVI)
- Cristología (Olegario González de Cardedal)
- El destino de Jesús (Schürmann)
- Y otros autores: Durrwell, Guardini.